

Excéntricos

EN EL MOMENTO EN QUE el primer número de *Calibán* veía la luz, octubre de 2012¹, en la misma ciudad tenía lugar la 30ª Bienal de San Pablo, quizás el evento de arte contemporáneo más importante de nuestra región. Allí, entre 111 exponentes de la vanguardia de medio mundo, una de las muestras del pabellón diseñado por Niemeyer llamaba la atención de los visitantes –muchos de ellos, psicoanalistas que nos escabullíamos de las sesiones del Congreso Latinoamericano para husmear lo que el arte tenía por decirnos– y los dejaba boquiabiertos.

El espacio más generoso de la bienal estaba destinado a alguien, desconocido para mí, llamado Arthur Bispo do Rosário. Con una mirada retrospectiva, no es casual que haya compartido el mismo cielo paulista junto a la revista que el lector tiene entre manos, apenas parida, pues Bispo –el artista cuyo trabajo está en la tapa y las retiraciones de este número de *Calibán*– es punto por punto una encarnación del personaje de la tragedia shakespeariana.

Este artista de los márgenes –referente ineludible del arte contemporáneo brasileño– vivió más de medio siglo en un hospicio, diagnosticado como un esquizofrénico paranoide. En su cosmovisión delirante, se creía llamado por Dios a reproducir el universo en miniatura, a inventarlo. Y lo hizo con los materiales a los que tenía acceso: residuos, trastos viejos, restos de madera, utensilios en desuso, plásticos, basura, hilos destejidos de prendas, que luego reutilizaba en bordados exquisitos.

Aún inclasificable, no podríamos pensar en un artista que encarne mejor la figura del marginal que Bispo: negro, loco, pobre, latinoamericano, artista. Incluso así –o, justamente, por eso–, desde su encierro logró codificar el mundo de modo inédito, e incita todavía hoy con su trabajo a la reflexión de muchos, a ambos lados del océano que nos separa de Europa.

Bispo consiguió sobrevivir a costumbres psiquiátricas más ligadas a electros-hocks, lobotomías o chalecos químicos que a la disciplina de la escucha que practicamos a diario los psicoanalistas. Luego logró ser distinguido, *elegido*, ya no solo por la Divinidad en la que creía, sino por otra, la Academia, que le reconoció la autenticidad que solo puede nacer de un absoluto desinterés por el reconocimiento, sin haberse considerado él mismo jamás como un artista, sin habérselo propuesto e



incluso sin haberlo sabido, pues ya estaba muerto cuando fue objeto de exposiciones en la Bienal de Venecia o en museos de Londres y París, o en la Bienal de San Pablo donde nos encontramos con su obra.

Poner este número de *Calibán* bajo el auspicio de este artista de los márgenes, hacer convivir nuestros textos con sus imágenes, es una toma de partido. Reconocemos así que el personaje de Bispo podría ser la contracara –un heterónimo, incluso– del personaje de Calibán. Por eso, su obra puede interpelar los textos que nuestra revista acoge desde hace siete números ya.

El reverso de Penélope

Lo cierto es que *Márgenes* –el tema de este número– y *Calibán* misma, en tanto publicación, funcionan como una suerte de pleonasmos, pues el lugar de enunciación de esta publicación es precisamente el margen, desde su primer número, y no por capricho, ni siquiera por destino –aunque el lugar reservado a América Latina en la representación habitual del planisferio sea precisamente el del margen inferior izquierdo–, sino más bien por elección.

Los márgenes –incluso los márgenes de las hojas abiertas a las anotaciones del lector– representan el lugar por donde se oxigena al texto, su apertura a lo extranjero del pensamiento de quien lee, a la fecundación por lo Otro que cuestiona lo Propio.

Pensamos *Calibán* desde los márgenes al centro, y de ese modo pensamos también el psicoanálisis, de la periferia al centro, a partir de los desechos –de la cultura, del yo, del capitalismo– que abundan en los márgenes.

Toda la obra de Bispo –como la escucha de un psicoanalista– se efectúa sobre restos. Su trabajo, de una belleza devastadora, da cuerpo a objetos que no son ajenos a los objetos de los que se ocupa el psicoanálisis. Es alimentándose de esos restos, esos detritos rechazados tanto por la ciencia como por el sentido común, que el psicoanálisis pudo inventarse, y con ellos sobrevive y crece.

La tarea del psicoanalista es escuchar pacientemente el relato alienado de aquel que, tendido en su diván, cuenta quién cree ser ignorando la alienación en la que se funda y el costo sintomático que paga. Cada analista acompaña a su paciente a destejer ese relato hilo a hilo para poder construir así, a menudo con los mismos hilos, uno nuevo que permita una libertad subjetiva inédita. A esa extraña tarea, inversa a la de Penélope –que teje de día para destejer de noche–, nos dedicamos los analistas durante nuestras jornadas de trabajo. Destejemos para tejer.

Y no estamos lejos –tanto los analistas como nuestros analizantes– de lo que hacía Bispo, descosiendo y destejiendo lo que le ofrecía la miserable vida del hospicio para, allí mismo, con la misma materia, bordar maravillas, ya no con el fin de acatar delirantemente mandato alguno, sino –en todo caso– el de deshacernos de cualquiera que constriña nuestra libertad de pensar.

Pasemos revista ahora al modo en que, con los hilos que disponíamos, hemos podido coser el número de *Calibán* que el lector tiene entre manos.

No siempre los editores acordamos con lo que se publica, y mucho menos con lo que queda afuera. No siempre elegimos los hilos con los que debemos bordar. Los textos son sometidos a un proceso de evaluación independiente y parametrizada, a doble ciego, por revisores elegidos por las sociedades componentes de Fepal. Lo mismo sucede, más aun, con los trabajos premiados, en cuya selección no nos cabe injerencia alguna en tanto editores. Cada vez recibimos más trabajos para su publicación, y es imposible publicar todo lo que nos llega: queremos agradecer a los autores su entusiasmo y compromiso con el intercambio de ideas, e instarlos a que continúen enviando sus propuestas para las secciones doctrinarias de la revista.

¹ Entonces se refundaba la *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, que aparecía bianualmente desde hacía más de una veintena de años, con el nombre añadido de *Calibán* y una periodicidad, un formato y un estilo novedosos. Decidimos mantener entonces la antigua numeración; nos apropiamos calibánicamente de lo mejor de la tradición, sin resignar un auténtico gesto de invención.

En la sección **Argumentos** y su contraparte, **Fuera de Campo**, publicamos artículos, escritos por analistas latinoamericanos, que exploran los márgenes de nuestra disciplina. Completamos, además, en este número, la publicación de los trabajos premiados por Fepal en el último Congreso.

En **Vórtice**, exploramos a través del aporte de autores latinoamericanos y europeos un tema clásico, concepto fundamental y contraseña de pertenencia al mundo psicoanalítico, el de inconsciente. Es apenas una propuesta para retomar la discusión. Y si hay algo que queda claro de este debate clásico y a la vez inacabado, es que no todos hablamos de lo mismo cuando hablamos de inconsciente.

En **De Memoria** trazamos un perfil de Isaías Melsohn, y en **Clásica & Moderna**, una puesta a punto del pensamiento y la figura de David Liberman.

Márgenes del texto, del cuerpo, del mundo

Hay zonas de la revista que son una suerte de zonas erógenas del *corpus* psicoanalítico: zonas de intercambio entre lo propio y lo ajeno, zonas de borde, zonas fecundas, fuente de un placer tan intenso como la perplejidad a la que dan lugar.

El **Dossier** es una de ellas. El de este número explora otros márgenes, los del cuerpo, los orificios en torno a los cuales se organiza nuestra erótica. Los cinco sentidos y las zonas de borde, que les dan nombre y *sentido* a la vez, nos permiten acercar a nuestros lectores textos de autores reconocidos que están aquí para fecundar nuestro pensamiento analítico. Pese a ser fundamentalmente una disciplina de la escucha, e incluso inventora de una modalidad inédita de la misma, toda la sensualidad está en juego en el psicoanálisis. Esta sección quizás nos permita –mientras leemos– afinar nuestra capacidad de palpar, de gustar, de oler, de mirar lo que escuchamos, y hacer aparecer así sentidos inéditos en lo que se nos cuenta.

El **Extranjero** es otra de las secciones de borde, marginales –y, por eso mismo, centrales– en la fabricación de cada número de la revista. Este espacio lo ocupa un artículo inédito de Beatriz Sarlo: *Episodios en el margen*.

La sección **Ciudades Invisibles** de este número está dedicada a Montevideo, esa ciudad ubicada en uno de los márgenes del Río de la Plata y en el estrecho margen espacial que –señala la autora del texto– le dejan países de otra escala, como Argentina y Brasil. Ciudad capital con aire provinciano, ciudad generosa a más no poder con esta revista que hoy la retrata, no por azar es la sede de la federación a la que pertenecemos.

En **Extramuros** publicamos textos que nos recuerdan que nuestros consultorios no están fuera de la escena del mundo, tanto como nos lo recuerdan los magníficos dibujos de Carlos Alonso que con crudeza y lucidez ilustran los interiores de la revista.

Periféricos

Siempre con demora, pero a la vez con sagacidad para perseguir las huellas que dejan los artistas, en *Calibán* nos encontramos a la espera, en la búsqueda, de lo nuevo.

Estamos seguros de que no solo hay dolor en los márgenes –como reza uno de los artículos que publicamos–, sino también un saber en ciernes, y nuestro compromiso estriba en ser capaces de descubrirlo, alojarlo, propiciarlo incluso.

Como Bispo hizo con su mundo, intentamos recrear el mundo analítico, revisitar la tradición y a la vez crear un espacio para que algo de lo nuevo, con suerte, pueda ser publicado en nuestras páginas. No somos tan miopes como para pensar que estamos a la altura de nuestro propósito, no siempre todo lo que publicamos está a la altura de lo que nos gustaría publicar. Nosotros mismos, desde nuestro lugar de editores, ejercemos nuestro trabajo de forma imperfecta, en tanto aprendices.

Aprendemos de Bispo, de su excentricidad. Pero excentricidad no solo es extravagancia: implica también que no haya centro o, en todo caso, que haya diferentes centros. Tal es también el lugar de América Latina –pensaba el mexicano Sergio Pitol–, un lugar excéntrico, al igual que lo es el lugar del psicoanalista, tanto en términos de rareza como de extranjería e incluso de marginalidad.

Nuestra apuesta es clara: construir un lugar donde algo original pueda ser dicho. Sin renegar de lo que hemos aprendido de los autores clásicos, de lo que puede seguir nutriéndonos de los países centrales –se trate de Christopher Bollas o Antonino Ferro, Guy Le Gauffey o Julia Kristeva, entre tantos otros–, tenemos la firme sospecha –lo que quizás no sea sino otra forma de la esperanza– de que cualquier renovación psicoanalítica provendrá de los márgenes, de los márgenes en los que otras disciplinas fertilizan nuestro pensamiento y lo salvan de las tentaciones autoeróticas tan afines a la homeostasis institucional. Pero también de los márgenes del mundo, sean estos occidentales –como el que ocupan nuestros países– u orientales –en ese vasto territorio que comienza en Europa del Este y termina quién sabe dónde, quizás en esa conjeturada cuarta región de IPA–, allí donde la curva de desarrollo y expansión del psicoanálisis es proporcional a la frescura de su (re)descubrimiento.

Una publicación como *Calibán* implica un producto al que cada vez nos cuesta trabajo arribar, y cuando lo hacemos, lo experimentamos con una extraña mezcla de satisfacción liberación y tristeza. Pero, sobre todo, implica un proceso, un camino. Ese camino estará justificado –solo en el *posteriori*, la lógica temporal más afín al psicoanálisis– si logramos acoger, e incluso estimular, ideas nuevas y fértiles.

En cierta lógica de producción y difusión del conocimiento, el saber se difunde del centro a la periferia. En la periferia suele consumirse lo producido en el centro. Sin embargo, un mundo caótico, huérfano de certezas y de grandes relatos ordenadores –aun dentro de la comarca analítica– está lleno de oportunidades para el pensamiento. Los grandes centros de irradiación de ideas ya no son lo que eran; sucede incluso que cuesta identificar cuáles son los centros en la contemporaneidad, y quizás no sería aventurado imaginar un mundo de periferias sin centro.

Ese espacio preñado de futuro tal vez pueda ser aprovechado por nosotros para proponer ideas que se alejen de las *motherboards*, potenciando nuestra autonomía y nuestro pensamiento crítico, en tanto periféricos².

Cada número de *Calibán* es pensado de modo diverso, desde la periferia al centro, incluso hacia dentro del equipo editor. Por eso, una sección íntegra puede surgir de un equipo paulista o carioico o montevideano. En la compleja tarea de editar cada número de *Calibán* intervienen muchas personas, pequeños grupos que reflejan pasiones, intereses, hasta prejuicios, filias y fobias distintos. Procesar esa diversidad, albergarla, potenciarla en su sinergia posible es una de las tareas que nos ocupa. Agradecer todo ese trabajo creativo e intenso, y no siempre plenamente reconocido, es mi reiterada y orgullosa obligación en estas páginas.

Mariano Horenstein
Editor en jefe - *Calibán* - RLP

² En informática, los periféricos ocupan el lugar de lo marginal. El término se refiere a los dispositivos que le permiten a una computadora –en cuyo centro, la CPU (unidad central de procesamiento), reside la capacidad de procesar la información– ingresar datos, como un teclado, o mostrarlos, como un monitor, o almacenarlos, como una memoria externa. El corazón de ese centro neuralgico de información lo ocupa lo que en inglés se conoce como *motherboard*, la placa central.